

Hiericó; llovió piedra del cielo sobre sus enemigos, y (lo que sobrepuja toda admiración) detuvo el sol por espacio de tres horas en medio del cielo, para que pudiesen seguir el alcance dellos. Finalmente tales fueron las maravillas, que el mismo Señor dijo á Moysen, que había de hacer tales señales, cuales nunca jamás habían sido vistas en el mundo. Lo cual todo servía para que este pueblo conociese la grandeza de su Dios, y como á tal le sirviesen, reverenciasen, amasen y obedeciesen. Mas ruegos me digais, ¿cómo respondió el pueblo á esas maravillas y intento de Dios?

D. Eso mejor sabréis vos que yo, pues estais mas ejercitado en la lición de las Escrituras Sanctas.

M. Pues lo que en ellas está escrito es, que este pueblo sirvió á Dios en tiempo de Josué (m), y de aquellos hombres ancianos que habían visto con sus ojos las grandes obras y milagros que Dios había hecho por ellos. Pero muertos estos (que fué en breve tiempo) luego desampararon á su libertador y Señor (n), y se entregaron al culto de los ídolos, en tanto grado, que les sacrificaban sus mismos hijos; y con esto se entregaban á todas las abominaciones de vicios que andan en compañía de la idolatría. A la cual eran tan inclinados, que ni todas estas maravillas pasadas, ni todos los beneficios divinos y azotes presentes eran bastantes para revocarlos deste tan grave pecado. La cual inclinación compara Dios con el apetito sensual del onagro (o), que es asno salvaje, diciendo que así como este animal en sintiendo el olor de la hembra corre tan ciego y tan desatinado para ella que los cazadores al tiempo del celo sin trabajo lo han á las manos: así este pueblo con la misma ceguedad y desatino corría á este tan gran pecado. Y dado caso que algunas veces, por los grandes azotes de Dios (p), se apartaba dél, luego viéndose por Dios restituído, se tornaba á él (q). Lo cual continuó de tal manera, que cansada ya y como vencida la paciencia divina, abrió mano dél y entregó los diez tribus al rey de los asirios en perpetua captividad (r); y el otro tribu de Judá que quedaba fué tambien llevado captivo á Babilonia, donde padesció setenta años de captiverio, sin quedar en Hierusalem templo, ni altar, ni sacerdote que sacrificase á Dios (s). Este pues fué el fruto que sacó Dios de aquellas tan grandes maravillas con que tan abiertamente descubrió la omnipotencia y gloria de su divinidad. Mas ¿con qué palabras declararé agora lo que queda por decir, que ciertamente basta para dejar atónitos no solamente los hombres, mas tambien los ángeles? Este Señor tan grande, que con tantas maravillas declaró la omnipotencia de su divinidad, y pretendió sustentar aquel pueblo en su servicio, no acabó mas que lo dicho. Y este mismo, siendo preso por malhechor, siendo azotado, escupido, abofeteado, escarnecido con vestiduras, ya de loco, ya de rey fingido, coronado con espinas, tenido en ménos que Barrabas, sentenciado á muerte, y muerte de cruz, desnudo entre dos ladrones en presencia del mundo, acabó tanto con el mismo mundo, que en todas las naciones dél millares de gentes lo adorasen y reconociesen por verdadero Dios, criador de los cielos, y del sol, y de la luna, y de las estrellas, y de los tiempos, y de todas las cosas; y esto acocinando y pisando sus ídolos; y con tan grande fe, que todos los tormentos que la

(m) Judic. 2. (n) Psalm. 105. (o) Jerem. 2. (p) Jud. a cap. 3. et deinceps. (q) It. 5. Reg. a cap. 11. (r) 4. Reg. 17. (s) 4. Reg. 25.

fiereza de los tirannos podia inventar, no eran bastantes para apartarlos un punto desta confesion. Pues ¿qué cosa de mayor admiración y espanto se puede imaginar que esta? ¿Que no bastasen tantas maravillas, y beneficios, y castigos de Dios, para apartar aquel pueblo del culto de los ídolos, y que bastasen tantas maneras de vituperios y deshonras para que todas las gentes arrastrasen y quemasen los dioses que ántes adoraban, y que en lugar dellos adorasen un hombre justiciado por malhechor! Esto bastaba para creer que esta obra era de Dios; mas acrescencia esta misma fe, considerando que el mismo Salvador profetizó que esto había de ser, cuando dijo al pueblo (t): Si yo fuere levantado de la tierra (conviene á saber, puesto en una cruz) todas las cosas traeré á mí. Pues esta fué la mayor maravilla de cuantas Dios ha obrado: que fué tomar por medio la cosa mas escandalosa y aborrecible al mundo, para convertir al mundo y traerlo á sí.

D. No sé qué gracias os dé, Maestro, por este tan gran tesoro que me habeis descubierto, y por la luz con que habeis esclarecido ese tan profundo misterio: por la cual veo la grandeza del poder que está debajo deso que parece flaqueza.

M. Muy bien habeis entendido la filosofía deste misterio; la cual declara Sant Augustin por estas palabras (v): Ciertamente es grande espectáculo ver al Hijo de Dios llevar su Cruz acuestas. Si esto miran los ojos de los infieles, parece grande vituperio; mas si lo contemplan los de los fieles, es grande misterio. Para aquellos ojos es indicio de grande ignominia, mas para estos es obra de grande fortaleza. Aquellos ojos ven á este rey en lugar de sceptro llevar el madero de su tormento; mas estos lo ven llevar el madero en que había de ser afijado, el cual despues había de afijar en la frente de los emperadores del mundo. En aquel madero había de ser despreciado en los ojos de los malos; mas en el mismo madero había de ser glorificado en los corazones de los Sanctos. Esto es de sant Augustin. De manera que mirando á este Señor con ojos de fe, hallaremos que cuanto está allí mas despreciado, tanto es mas glorioso; cuanto mas abatido, tanto mas poderoso; cuanto mas desnudo, tanto mas rico; cuanto mas vituperado de los malos, tanto mas alabado y glorificado de los buenos; y finalmente, cuanto mas afeado en lo exterior de su cuerpo, tanto mas hermoso en lo interior de su alma; y por consiguiente tanto mas amado de las ánimas que con estos ojos lo saben mirar. Esta es aquella maravilla que canta el Salmista cuando dice (x): La piedra que desecharon los que edificaban, fué despues asentada en la cabecera de la esquina (que es en lo mas alto del edificio). El Señor fué el autor desta obra, la cual es materia de grande admiración á nuestros ojos. Porque ¿qué cosa ha habido en el mundo de mayor admiración que un hombre justiciado en compañía de dos ladrones, ser adorado por Dios y verdadero Señor de todas las gentes? ¡Oh poder admirable! ¡Oh poder encubierto! ¡Que un hombre colgado de un madero destruya la muerte que mataba el género humano! un hombre condenado con los malhechores salve los hombres condenados con los demonios! un hombre enclavado y afijado en un palo traya todas las cosas á su servicio! un ánima ofrecida voluntariamente á los tormentos, saque innumerables

(t) Joan. 12. (v) In Evang. Joann. de cap. 19. tract. 117. tom. 9. (x) Psalm. 117.

ánimas de los infernos, y con la muerte de un solo cuerpo mate la muerte de todas las ánimas y de todos los cuerpos!

Mas para mayor declaración de lo dicho, añadiré otra consideración que sirve mucho para este propósito. Acordáos de lo que leístes en el tratado pasado, donde está declarado que Dios generalmente en sus obras pretende gloria suya y provecho del hombre. Por donde así como por el sello real conocemos que la escritura donde se halla es del Rey, así cuando viéremos en una obra gloria de Dios y provecho del hombre; podemos luego concluir ser aquella obra de Dios. Pues segun esto ruegos me digais en qué otra obra se hallarán mas perfectamente estas dos cosas juntas, que en la Cruz de Cristo. Porque el provecho que de aquí recibió el hombre, ciegos lo ven, y todo cuanto hasta aquí habemos tratado lo declara. Pues no ménos por aquí se descubre la gloria de Dios. Porque si bien os acordáis de lo dicho, por aquí mas que por otra obra declaró Dios la grandeza de su poder, por lo que agora acabamos de decir: que es conquistar el mundo con la ignominia y flaqueza de la Cruz. Por aquí la grandeza de su bondad, poniéndose á tantos trabajos por hacernos sanctos y buenos. Por aquí la grandeza de su misericordia, tomando sobre sí todas las miserias y deudas de nuestra naturaleza. Por aquí la grandeza de su justicia, pues no consintió que quedase la culpa sin justa venganza. Y no ménos se declara aquí el consejo de la sabiduría divina en esta obra, la cual, como el Apóstol dice (y), los gentiles tenían por locura. Porque propio es del sabio, determinado el fin, escoger medios proporcionados para conseguirlo. Pues como el fin del hombre sea su salvación, y el medio para ella sean las virtudes, y la amistad y gracia con Dios, ved vos si para esto se pudiera inventar otro medio mas poderoso que el misterio de la Cruz. En el cual hallo una cosa que verdaderamente me es causa de grande admiración y consolación; y es que si atentamente consideráredes aquellos diez y ocho frutos que referimos del árbol de la Cruz (donde entran las principales virtudes de la vida cristiana), hallaréis que tan perfectamente sirve este misterio para cada una dellas, como si para sola ella, y no para las otras fuera deputado. Porque si tratáis de la satisfacción por los pecados del mundo, si de las cosas que pueden inclinar nuestro corazón al amor de Dios, ó á la virtud de la esperanza, de la humildad, de la obediencia, de la paciencia, de la aspereza de la vida, de la pobreza evangélica, y de todas las otras virtudes, hallaréis ser verdad lo que digo, que tan propia y tan perfectamente sirve este misterio para cada una destas cosas, como si para solo aquella se ordenara. En lo cual maravillosamente resplandescen el consejo de la sabiduría divina, la cual supo inventar una medicina tan universal y tan eficaz para todas las dolencias y necesidades de nuestras ánimas. Todo esto sirve para que claramente veais cuán enteramente concurren con esta obra de nuestra redención aquellas dos cosas que dijimos, que son gloria de Dios, y provecho del hombre. Y juntamente veréis lo que poco ántes decíamos, que no solamente hay aquí provecho del hombre sin injuria de Dios, mas ántes con grandísima gloria suya, como está declarado. ¡Parécenos pues que es digna de ser recebida y adorada una obra, en la cual concurren

(y) 1. Cor. 1.

ren por un cabo tan gran provecho del hombre, y por otro tan grande gloria de Dios!

D. Concluido y como atado de piés y manos quedo con esa respuesta, y confieso que no hay cosa debajo del cielo que con mas justa razón deba ser creída. Mas ¿qué me decis, Maestro, al comun espanto que los hombres inconsiderados tienen, cuando oyen decir que Dios se hizo hombre, y murió en cruz? Porque esta consideración á los infieles es ocasión de su incredulidad, y á los fieles de grande admiración y espanto.

M. Si leistes con diligencia un capítulo del primer libro desta escritura, donde tratamos de las maravillas de las obras de naturaleza, y cuán admirable y incomprendible era Dios en muchas dellas, os tendréis por respondido á esa pregunta. Porque veríades cuán admirable y incomprendible es Dios en la obra de la creación, en la grandeza inestimable de los cielos, en la lijereza de sus movimientos, en la órden tan infalible que guardan en ellos, y demas desto en la virtud de todas las simientes de que nascen todas las cosas, en la fábrica de todos los cuerpos de los animales, y en las habilidades que tienen para mantenerse, curarse, defenderse y criar sus hijos: veríades cuán admirable es Dios en todas sus obras. Y no lo es ménos en las cosas pequeñas, que en las grandes, como es la hormiga, el araña, el mosquito, el abeja, el gusano que hila la seda, porque ninguno hay tan despreciado (como Aristóteles dice) que no ponga admiración á quien quiera que los supiere mirar. Pues si tan admirable es Dios en todas las obras de naturaleza (que es en las obras de su sabiduría y omnipotencia), ¿cómo no ha de ser mucho mas admirable en las obras de su bondad, que en él es mas gloriosa, y de que él mas se precia, y quiere de nosotros sea mas conocida, por ser causa de mayor amor y reverencia de su sancto nombre? Si pasman los grandes ingenios, y se agotan todos los entendimientos cuando miran la grandeza del poder y saber divino, que en estas obras resplandescen, ¿cómo no han de pasmar en las obras de la divina bondad y misericordia, que dice el mismo Salmista ser sobre todas sus obras (z)? Y ¿qué obras podia hacer causadoras de tan grande espanto, sino padeciendo lo que padeció, y haciendo los extremos que hizo (si así se pueden llamar) para reparar el mundo, y hacer á los hombres buenos y bienaventurados? Y para mayor inteligencia desto, deciros he una cosa, que no ménos os ha de satisfacer que las pasadas.

Para lo cual presupongo que los reyes de la tierra descubren con muy diferentes obras la grandeza de su poder y de su bondad. Pongamos ejemplo en Sant Luis rey de Francia. Este sancto rey mostró su poder con aquella grande flota que juntó para ir á conquistar la Tierra Sancta; mas su bondad y sanctidad nos descubria cuando (segun se escribe en su vida), á imitación de Cristo, todos los sábados en un lugar secretísimo lavaba los piés de los pobres y los alimpiaba y besaba, y lo mismo hacia á las manos; y asimismo cuando en ciertos dias daba de comer á docientos pobres ántes que él comiese, y él mismo les servía á la mesa, y les administraba los manjares. Porque por estas obras se declaraba cuán bueno era el rey que por imitación del Rey soberano (que vino á este mundo no á ser servido, sino á servir), así se abajaba y humillaba. La misma bondad mostró Elena, madre del emperador Constan-

(z) Psalm. 144.

tino, cuando estando en Hierusalem sirvió por su propia persona á un colegio de vírgines dedicadas á Dios, que allí moraban, como escribe Rufino. Y el mismo también cuenta de Placilla, mujer del emperador Teodosio, mucho mas que esto; porque levantada á la silla del imperio, creció mucho mas en el amor del Señor que así la habia engrandescido; y así como vistió la ropa imperial, comenzó á tener gran cuidado de los enfermos y necesitados, no ayudándose para esto de sus criados y ministros: sino ella misma por sí viniendo á las casas de los enfermos les proveia de lo necesario, y discurriendo por los hospitales servia con sus propias manos á los dolientes, alimpiábales las uñas, probaba el caldo de lo que se guisaba, ofreciales las cucharas para comer, partiales el pan, poniales los manjares en la mesa, lavaba las tazas, y finalmente hacia todos los oficios que suelen hacer los siervos. Y á los que en esto le iban á la mano, respondia que hacer grandes mercedes era obra de emperadores; mas que ella ofrecia todo esto á Dios por la conservacion del imperio que él le habia dado; y al Emperador decia: Conviene, Señor, que siempre mireis lo que pocos dias ha fuistes, y lo que agora sois. Porque si esto pensáredes, no seréis ingrato al bienhechor, y así gobernaréis legitimamente los estados que dél recibistes. Todo esto escribe Rufino. Pues ¿quién no vé aquí cuánto se declara la bondad y sanctidad desta nobilísima señora con estas obras de tan grande humildad y caridad? Por donde entendemos que la majestad y magnificencia de los emperadores se muestra con dar grandes dádivas y hacer grandes cosas; mas la bondad, con el oficio destas obras tan humildes y sanctas.

D. Muy bien estoy en lo que me decís; mas ¿á qué propósito viene eso?

M. Agora lo oiréis. Habiéis de saber que como haya en nuestro Señor infinitas perfecciones, todas ellas finalmente se reducen á dos órdenes. Ca unas pertenecen á la majestad, y otras á la bondad (aunque las que pertenecen á la majestad también sean obras de la bondad), y cada cual destas perfecciones tiene sus obras proporcionadas con que se declara. Porque las perfecciones que pertenecen á la majestad (como es la sabiduría y la omnipotencia, etc.) decláranse haciendo obras grandes; mas las que pertenecen á la bondad, por el contrario, haciendo obras humildes: las unas haciendo obras de grande magnificencia; las otras de grande piedad: las unas subiendo á cosas muy altas, y las otras decendiendo y condecendiendo á las necesidades humanas. Y así las unas se pierden de vista por muy altas, mas las otras por muy humildes y bajas: así como aquellas cuanto son mas altas, mas descubren la grandeza de la majestad, así estas cuanto mas humildes, mas descubren la grandeza de la bondad (como nos declaran los ejemplos susodichos). Y pues la gloria de la bondad (como tantas veces habemos repetido) es la mayor, y de la que nuestro buen Dios mas se precia, y de que en el cielo es mas alabado de aquellos espíritus bienaventurados, síguese que cuanto este Señor mas se humilló, mas se humanó y mas condecendió á nuestra miseria y pobreza para remediarla, tanto mas descubrió la gloria y las riquezas de su inmensa bondad. Y como nos dejan espantados y atónitos las obras de su sabiduría y omnipotencia, así y mucho mas era razon que nos dejasen las de su bondad; y quanto mas

suspensos dejan nuestros entendimientos las unas y las otras obras, tanto son ellas mas dignas y mas propias de Dios, que en todas sus obras es admirable. Pues ¿de qué manera nos podian dejar atónitos las obras de aquella inmensa bondad, sino viendo al Criador por amor de sus criaturas preso, abofeteado, escupido, azotado, escarnescido, coronado con espinas, tenido en menos que Barrabas, y finalmente sentenciado á muerte de cruz, y puesto entre dos ladrones?

D. ¡Oh cuánta verdad decís en eso, Maestro! Porque verdaderamente eso es lo que hace pasmar todos los corazones con la consideracion de aquella summa bondad, como pasman considerando las obras de la omnipotencia y sabiduría divina; y aun digo mas, que no veo cómo nos pudieran así espantar las obras desta bondad, sino padesciendo lo que padesció. Porque criar todas las criaturas del mundo, y proveerlas copiosamente de todo lo necesario para su vida, obra es de bondad; mas esta no nos espanta, porque no cuesta mas al dador que solo querer; y esto solo no nos espanta, sino es cuando el beneficio que se hace cuesta caro al bienhechor, como lo fué el de nuestra redempcion. Y no ménos me satisface esa distincion que hecistes, reduciendo todas las perfecciones divinas á esas dos tan principales, que para mí fué cosa notable, porque sola ella basta para deshacer todos los nublados y tinieblas de los infieles; para que claramente vean cómo en esas cosas que á los ojos de los infieles parecen bajezas, está encerrada inmensa gloria y hermosura. Mas con todo esto quiero representar en mí la persona de los hombres mundanos, y preguntar qué es la causa porque siendo esta filosofia de la Cruz tan conforme y tan proporcionada con la divina bondad, como habéis declarado, los hombres rudos y dados á deleites, la extrañan y preguntan á las veces: ¿Qué necesidad tenia Dios de ponerse á tantos trabajos, pues á ménos costa pudiera remediar al hombre si quisiera?

M. A eso ya está respondido en todo lo que hasta aquí habemos tratado en este misterio; y por eso no repetiré nada de lo dicho acerca de este punto. Mas con todo eso quiero que entendáis que esa pregunta propriamente es de hombre que no ha echado mano del arado, ó (por mejor decir) que no ha abrazado el escudo y tomado las armas para pelear con el demonio y con las malas inclinaciones de su carne: que es el mayor y mas familiar enemigo que tenemos, con ser por otra parte el mayor amigo, y por eso mas dificultoso de vencer. Un hombre rústico que nunca jamás vió la mar ni entró en navío, la primera vez que entra en él, maravillase de ver tanta jarcia, y tantas maneras de cuerdas de que está el mástil rodeado, y pregunta al marinero: ¿Para qué es esto? ¿Y para que lo otro? Mas el marinero responderle ha: bien parece, hermano, que nunca navegastes, porque si así fuera, viérades claro que ninguna cosa hay en todas estas que no sea necesaria para la navegacion. Pues de esta manera el hombre carnal ó infiel que nunca navegó por el camino de la virtud, cuando oye decir que el Hijo de Dios se hizo hombre, y padeció tantos trabajos por el remedio del hombre, dice entre sí esas cosas que vos respresentastes. Mas el que anda por el estrecho camino de la virtud, y no contento con la vida comun, trabaja por caminar á la perfeccion, apenas da paso en este camino, que no sea poniendo los ojos en Cristo crucificado. Si ha de ayunar, si ha de maltratar su car-

ne, si ha de mortificar sus apetitos y malos deseos, si ha de negar su propia voluntad, si ha de ser fácil en perdonar las injurias, si ha de tener paciencia en los trabajos, si ha de resistir varonil y prestamente á las blandas y halagueñas sugestiones del enemigo, y si ha de desechar de sí los halagos y blanduras de la carne, y abrazar la cruz de la penitencia y de la virtud, ¿qué otro remedio y esfuerzo tiene para todo esto, sino levantar los ojos á Cristo crucificado, y cobrar aliento con lo que ve padecer á su Criador por él? Porque aquí halla ejemplo, aquí esfuerzo, aquí consuelo para todos estos trabajos, considerando cuánto mayores fueron los que el Señor de todo lo criado padeció, no por sí, sino por él. De modo que apenas da paso en este camino, sin tener delante este dechado. Y que el estudio de la virtud sea uno de los mayores motivos que hay para conocer la sinceridad y excelencia de nuestra religion, declarólo el Señor en aquellas palabras con que confirmaba la verdad de su doctrina, diciendo que si alguno se ocupase en hacer la voluntad de Dios (a), y guardar sus mandamientos, conoceria claramente la verdad y excelencia de su doctrina. En las cuales palabras dió é entender que la pureza de la vida era uno de los principales medios para conocer la pureza y verdad de nuestra filosofia. Porque á los que esta pureza conservan, se comunican mas copiosamente los rayos de la divina luz, con los cuales ven mas claro la verdad y conveniencia de nuestros misterios. Y junto con esta ven cómo todos ellos á una sirven y ayudan maravillosamente á los ejercicios y obras de la buena vida. Y con este socorro viene á tener tal gusto en ella, que dicen con el Profeta (b): En el camino de vuestros mandamientos, Señor, me deleité, como en todas las riquezas del mundo; y en otro lugar dice (c), que amó los mandamientos deste Señor mas que el oro y que las piedras preciosas.

D. Por el gusto y consolacion que he recebido en todas estas pláticas pasadas, y en las respuestas tan cabales que habéis dado á mis preguntas, entiendo lo que en esta vuestra escriptura he leído; y es, que como hay música y consonancia de voces para los oídos del cuerpo, así también la hay para los oídos del ánima: la cual he visto por la suavísima y admirable consonancia que tienen todas las cosas del misterio de nuestra redempcion, con la verdad y con la grandeza de la divina bondad. Y esa correspondencia de unas cosas con otras es una dulcísima armonía y consonancia para nuestro entendimiento, cuya perfeccion es el conocimiento de la verdad (como los filósofos enseñan), no sé qué podrán responder los infieles que no quisieron recibir la fe de este misterio, en el cual hay tan maravillosa concordia y correspondencia de todas las cosas. Porque cuando aquel soberano juez entre en juicio con ellos, y les pregunte por qué no creyeron una verdad confirmada con tantos milagros, y con tantas profecias y testimonios de las Escripturas divinas, en la cual se proponia una obra tan propia de la bondad de Dios (cuyo principal oficio es hacer bien, y hacer buenos): ¿qué podrán responder á esto, sino (como dice muy bien un doctor), Señor, no

(a) Joan. 7. (b) Psalm. 118. (c) Psalm. 18.

pensé que érades tan bueno, que quisiédes poneros á tantos trabajos por hacer á los hombres buenos. Esto parece que responderán los infieles midiendo la bondad de Dios por la suya, no creyendo que haria Dios lo que ellos, si fueran dioses, no hicieran. La cual respuesta como blasfema será para mayor castigo y condenacion suya.

Conclusion de todo este Tratado.

MAESTRO.

Resulta pues de todo lo que hasta aquí habemos dicho, que la pasion de Cristo, que es el mas arduo misterio de nuestra fe (el cual los judíos tuvieron por escándalo, y los gentiles por locura, como dice el Apóstol) (d), es la obra de mayor sabiduría y providencia de cuantas Dios tiene hechas en este mundo; y que ninguna cosa habia mas conveniente para la gloria de Dios, esto es, para la gloria de su bondad, de su caridad, de su misericordia, de su justicia y de su sabiduría que esta. Y así mismo que ninguna medicina habia mas proporcionada para remedio de nuestra miseria, conviene saber, para satisfacer por nuestras deudas, para darnos conocimiento de Dios, y para darnos grandísimos ejemplos y motivos para todas las virtudes, y especialmente para la caridad, para la humildad, para el temor de Dios, para la esperanza, para la obediencia, para la mansedumbre, para la paciencia y para el aborrecimiento del pecado, que ella misma. Mas ¿qué son menester muchas palabras para declarar la admirable conveniencia de este remedio? Porque ¿qué persona podia haber en el cielo ni en la tierra mas conveniente para esto, que la misma persona del Hijo de Dios? Porque así como ninguno habia en todo el mundo, mayor ni mejor que él, así ninguno pudo ni enseñar con mas autoridad, ni impetrar con mas eficacia, ni satisfacer con mas justicia, ni merecer con mayor gracia, ni obligar con mayores beneficios, ni dar mejores ejemplos de los que él nos dió. ¿Qué otro segundo Adam, qué otro padre, qué otro pastor, qué otro salvador, qué otro abogado, qué otro rey, qué otro sacerdote, qué otro medianero se nos pudiera dar mejor que él? Esto es cosa tan notoria, que quien quiera que no estuviese desamparado de Dios, claramente la verá. Pero lo que aquí suspende mas los entendimientos humanos, es ver que este remedio (como ya está declarado) vino tan proporcionado para cada una de estas cosas que pertenecen á la gloria de Dios, ó al remedio del hombre, como si para sola esta, y no para las otras se ordenara. Lo cual cierto es de grandísima admiracion, y que singularmente declara la alteza de la sabiduría y consejo de Dios en la traza desta obra.

D. No puedo, Maestro, dejar de daros muchas gracias por esta vuestra doctrina, cuantas no podré con palabras explicar. Porque agora me parece que vengo de nuevo á la fe, y que se me han abierto los ojos para ver la hermosura deste misterio, y creerlo con mayor claridad que hasta aquí lo creí. Y no es esto de maravillar; porque así como dos candelas juntas alumbran mas que una sola, así la lumbré de la fe junto con la razon con que Dios nos crió, alumbrá mas nuestros entendimientos, y nos confirma mas en esa misma fe: la cual teniendo de sí la certidumbre y la firmeza, toma de la lumbré de la razon la claridad que en esta presente vida le falta.

(d) 1. Cor. 1.

M. Mucho me alegro de ver que esta nuestra plática no ha sido infructuosa; pues de ella se saca un tan grande provecho, como es acrescentamiento de la fe. Porque como ella sea el fundamento y raíz de todas las virtudes, claro está que cultivada esta raíz por una parte con la doctrina, y por otra con la gracia del Espíritu Sancto, el beneficio della redundará en el fruto de las virtudes que della proceden. Mas quiéros advertir una cosa importantísima á este negocio, y es que no atribuyais esa nueva luz y firmeza de la fe á las consideraciones y razones que aquí habemos alegado, ni á otras por muy mas excelentes que sean. Porque la virtud de la fe de los cristianos no se funda en razones humanas (que al fin son humanas), sino en la lumbre que el Espíritu Sancto infunde en el entendimiento del bautizado. La cual le hace creer con mayor certidumbre y firmeza los misterios de nuestra fe, que todas las razones y demostraciones del mundo. Porque mucho mas puede la virtud de Dios que toda otra cosa criada. Y demas desto, la fe, como dice el Apóstol en la epístola á los de Efeso (e), es don de Dios, sin el cual, no digo yo razones humanas, mas ni obras divinas (cuales son los milagros) bastan para causar esta manera de fe en nuestros entendimientos. Porque ¿qué mayores milagros que los que vieron los fariseos y pontífices (f)? Y esos procuraron la muerte del Salvador. ¿Qué mayor milagro que la resurrección de Lázaro (g)? Y no por eso creyeron algunos de los que presentes se hallaron. Y sobre todo esto, ¿qué mayor milagro que la resurrección del mismo Salvador al tercero día (h)? ¿Cuándo se vió ó leyó dende el principio del mundo, que un hombre muerto resuscitase á sí mismo? Y con todo esto los fariseos y pontífices sabiendo esta tan nueva maravilla, y tan claro testimonio por relación de las guardas que ellos mismos habian puesto en el sepulcro (i), no solamente no creyeron, mas ántes dieron mucho dinero á las guardas para que dijese que durmiendo ellos vinieron los discípulos, y hurtaron el cuerpo. De modo que no contentos con su propia ceguera, cerraron la puerta de la luz al pueblo, para llevarlo tras sí á las tinieblas del infierno. Por los cuales ejemplos manifestamente veréis, que sin particular asistencia de Dios, ni aun los milagros (que como dice Sancto Tomas (k) son bastante prueba de los misterios de la fe) bastan para causalla en nuestros entendimientos. Por tanto si vos agora sentís en vuestra ánima esa nueva firmeza y claridad de la fe, dad muchas gracias á aquel Padre de las lumbres, de quien proceden todos estos beneficios, y todos estos dones celestiales: para que creciendo el agradecimiento, crezca juntamente con él la gracia del beneficio.

§. I.

Del fruto que se ha de sacar de todo lo que hasta aquí se ha dicho.

Mas no me contento con este aviso que os he dado: quiero añadir á este otro muy principal, el cual sirve para sacar el fruto y la médula de todo cuanto hasta aquí habemos tratado. Porque (si bien mirais) la mayor parte de lo dicho sirve para informar y perfeccionar nuestro entendimiento con la lumbre y conocimiento de la ver-

(e) Ephes. 2. (f) Joann. 11. (g) Ibidem. (h) Joann. 20. (i) Matth. 28. (k) 3. dist. 21. q. 2. art. 3. in corp. et sup. 3. Theol. 3. lect. 1 et 2. 2. quæst. 178. art. 1.

dad. Mas la perfección de la vida cristiana no consiste en sola la luz del entendimiento; sino mucho mas en el ardor de la caridad, que está en la voluntad. Porque muchos filósofos hubo que conocieron mucho de Dios, como dice el Apóstol (l); mas porque no le glorificaron ni amaron con la voluntad, se envanecieron en sus pensamientos, y quedaron sus corazones escurecidos, porque no usaron bien del conocimiento que el Criador por medio de las criaturas les habia dado. Pues por esto comencemos agora á servirnos del conocimiento que por todo lo dicho hasta aquí habemos alcanzado, para despertar en nuestra voluntad el amor de Dios con todos los otros afectos y movimientos que la grandeza deste misterio nos pide. Para lo cual quiero traer os á la memoria lo que Sant Augustin en el libro de sus Confesiones dice de sí (m): Recibí el agua del sancto bautismo, y luego se quitaron de mi ánima todos los cuidados de la vida pasada. Y no me podia hartar en aquellos primeros dias de considerar con una maravillosa dulcedumbre la alteza que el consejo divino escogió para la salud del género humano. De manera que considerando este sancto varon con la mucha lumbre que habia recebido, y tambien con la grandeza de su ingenio, cuán proporcionado y conveniente medio habia sido la encarnación y pasión del Hijo de Dios, así para la gloria y honra de Dios, como para el remedio de todas las necesidades humanas, no se hartaba su ánima de considerar aquella suavísima armonía y consonancia, y aquella maravillosa proporción que tenia esta medicina, inventada por Dios para la cura de nuestra dolencia. ¡Oh quién tuviera el espíritu, la luz y el entendimiento deste sancto varon! ¡Cuántas consolaciones recibiría en la contemplación deste misterio!

Mas porque en nuestro grado no del todo carezamos de alguna parte desta consolación, daros he aquí una breve forma de pensar este beneficio. Para lo cual primeramente habeis de despedir de vuestra ánima la indignidad que por defuera se ofrece á los ojos de carne en hacerse Dios hombre, y morir en cruz. Para lo cual basta lo dicho en los diálogos pasados: en los cuales manifestamente probamos, que hacerse Dios tal hombre cual se hizo, no solo no era indigna cosa de su grandeza, sino grandísima gloria. Y lo mismo declaramos de la sagrada Pasión, considerando la causa porque el Salvador padeció, y la manera en que padeció; las cuales dos cosas hacen su sagrada pasión tanto mas gloriosa, cuanto fué mas ignominiosa y dolorosa.

Presupuestos estos dos preámbulos, presuponed tambien el tercero, que dijimos ser el fundamento de todo este misterio de nuestra redención: conviene á saber, que no mira nuestro Señor Dios en las cosas que hace de su poder absoluto, sino lo que conviene á la perfección dellas: segun lo cual dijimos que no habia otro medio mas conveniente para nuestro remedio, que la encarnación y pasión de su unigénito Hijo.

Presupuestos pues estos fundamentos, considerad el estado miserable en que el hombre estaba por el pecado; y hallaréis que estaba en desgracia y enemistad de Dios, que es el mayor mal de los males. Estaba ciego para conocer á su Criador, estaba mas frio que la nieve para amarle, estaba impotente para servirlo, estaba desterrado del paraíso, estaba captivo y sujeto al demonio, estaba preso con las cadenas de sus aficiones, estaba enfermo y inhábil para todas las verdaderas y cristianas

(l) Rom. 1. (m) Lib. 9. cap. 6.

virtudes, y no solo enfermo sino muerto para ellas; estando vivo, y mas que vivo para todos sus apetitos.

Despues desta consideración traed á la memoria aquellos admirables frutos del árbol de la sancta Cruz que ya leístes; y hallaréis por cierto, que con ellos de tal manera curó el Salvador con su pasión cada uno de todos estos males, con una tan eficaz y tan proporcionada medicina, como si para solo él, y no para los otros se ordenara, como ya declaramos. Lo cual cierto es cosa de grande admiración. Los médicos tienen diputadas diversas medicinas para diversas enfermedades; mas este médico que nos vino del cielo, con sola esta medicina cura perfectamente todas las enfermedades de nuestras ánimas. Pues con esta consideración sentiréis algo de lo que Sant Augustin sentía, maravillándose desta tan nueva invención que la sabiduría de Dios inventó enviando su Hijo al mundo para remedio de nuestros males: la cual fué de tanta eficacia, que de los hombres hizo ángeles, y de esclavos del demonio y de sus apetitos, hijos de Dios.

Despues desta consideración de la sabiduría divina, levantaos á considerar la grandeza de la bondad, y caridad, y misericordia que en esta obra Dios nos mostró. Para lo cual habeis de subir agora conmigo á una atalaya muy alta: quiero decir, habeis de levantar agora con toda humildad y reverencia los ojos de vuestra ánima, y subir sobre las nubes, y sobre los cielos, y pasar de vuelo sobre todos los coros de querubines y serafines; y encima de todos, en un lugar tan alto que quasi lo perdais de vista, contemplar allí en el trono de la Majestad aquella altísima substancia, aquella luz tan resplandeciente que reverbera los ojos de quien la mira; aquel Señor que mora en una luz inaccesible (n), la cual ningún hombre de carne mortal vió, ni puede ver; aquel en quien están las hermosuras y perfecciones de todas las criaturas corporales y espirituales con infinita ventaja; aquel que con una simple muestra de su voluntad crió los cielos y la tierra con todo lo que en ellos tiene ser; aquel cuyo saber es infinito, poder infinito, hermosura infinita, majestad y grandeza infinita; aquel que solo es inefable, incomprehensible, inaccesible; que todo lo mueve sin moverse, todo lo rige sin distraerse, todo lo obra sin cansarse (o); aquel á quien alaban las estrellas de la mañana, á quien cantan loores los hijos de Dios, de cuya presencia tiemblan las columnas del cielo (p); aquel que, como dice Esaías (q), tiene de tres dedos colgado el peso de la tierra, y ante cuyo acatamiento (como él mismo dice) todas las gentes son como si no fuesen; aquel finalmente cuya felicidad y bienaventuranza es tan grande, que ni con todo este mundo criado, ni con mil mundos que criase, puede crecer ni ser mayor, ni porque todos los hombres se salven y le alaben es mas glorioso, ni porque todos se condenen lo es ménos. Y despues que desta manera os viéredes encumbrado, y apacentado los ojos de vuestra ánima en esta altísima substancia, derribaos de ahí abajo como con alas de águila, y decended al portalico de Betlehem; y caminando de ahí al cenáculo del monte Sion, á la casa de los pontífices, al pretorio de Pilato, al monte Calvario, y al sancto sepulcro, entenderéis cuánta razón hay para quedar atónito con lo que en cada lugar destes veréis. Veréis á este tan gran Señor que habeis contemplado, tener por casa un establo, y por cama un pesebre, envuelto en po-

(n) 1. Tim. 6. (o) Job 38. (p) Job 26. (q) Isai. 40.

bres pañales, mamando leche á los pechos de una mujer. De ahí caminad al cenáculo, y veréis el Criador del mundo quitado el manto, y ceñida una tohalla, á manera de siervo, prostrado á los pies de unos pobres pescadores, y de su mismo traidor, lavándolos con grandísima humildad y devoción. Partíos luego de ahí con el mismo Señor, y contemplad tan ignominiosa prisión; la cual él mismo encareció diciendo (r): Como si fuera un ladrón, así venistes con espadas y lanzas á prenderme. Caminad luego con él á todos los tribunales en que fué presentado, y ved las maneras de injurias que recibió en casa de Annas, y Caifas, y Heródes, y en el pretorio de Pilato; y considerad tambien aquella nueva invención de escarnio que intervino en la coronación de espinas (s); y procurad cuanto sea posible hallaros presente en cada uno destes lugares; y considerad las nuevas maneras de vituperios que en ellos recibió (porque yo os confieso que me tiemblan las carnes en pensar de referirlos); y mirad lo que sentiríades si por una parte con los ojos del espíritu contempládes la alteza deste Señor que aquí os representamos, y con ojos de carne viéredes las bajezas y injurias que en todos estos lugares padesce. Y pensad que no tiene corazón de carne, sino de piedra mármol, el que viendo estas tan grandes injurias y vituperios, no queda como alienado y fuera de sí, viendo juntas en uno la mayor alteza del cielo con la mayor bajeza de la tierra. Pues ¿qué cosa de mayor espanto y admiración?

Y si espantado de cosa tan grande os pusiéredes á inquirir la causa della, hallaréis que no fué otra sino la inmensa bondad, caridad y misericordia de Dios; el cual pudiendo por otros muchos medios salvar y reformar el mundo, quiso usar deste, porque era (como está ya declarado) el mas conveniente para la gloria de Dios, y para la santificación de los hombres. De manera que fué tan grande el deseo que tuvo de hacernos sanctos y bienaventurados, esto es, de hacernos grandes amadores y siervos de Dios; de hacernos humildes y mansos; de hacernos menospreciadores de los regalos de la carne, y vanidades del mundo, y amadores de la Cruz; y finalmente de hacernos extremados en toda virtud, que conociendo cuánto era mas eficaz este medio que todos los otros para alcanzar estas virtudes, no dudó ponerse á todos estos encuentros por esta causa.

Para declarar mas este tan grande deseo del Salvador, me pareció poner aquí un ejemplo con que esto en alguna manera se entienda; puesto caso que no pueda haber ejemplo que represente siquiera la sombra deste deseo. Escriben los historiadores de los gentiles que Agripina, madre de Neron, tuvo tan gran deseo de ver á su hijo emperador, que despues de haber muerto por esta causa al emperador Claudio, su marido, con veneno que le dió, trató de hacer emperador á este hijo. Y diciéndole un astrólogo que verdaderamente vendría á ser emperador, pero que mataría á su madre, respondió ella: Mátame con tal que sea emperador. Podemos pues en alguna manera acomodar este ejemplo al Salvador: el cual deseó tanto hacernos, no emperadores de la tierra, sino del cielo, y hijos de Dios; deseó tanto hacer que los hombres fuesen espirituales y divinos; deseó tanto hermosear nuestras ánimas con las gracias y dones del Espíritu Sancto (para que con ellas resplandeciese en el hombre la imagen de Dios); y sobre todo esto deseó tanto esforzar

(r) Matth. 26. (s) Matth. 27. Joan. 19.

á los sanctos mártires (para que con la victoria de sus batallas y triunfos glorificasen á Dios), que entendiendo que ningun medio habia mas proporcionado y mas eficaz para todo esto, no dudó ponerse á todas estas maneras de injurias, escarnios y vituperios, hasta ser azotado, y crucificado, y tenido en ménos que Barrabas. Pues ¿qué espíritu no desfallece aquí con la consideracion de cosas tan extrañas? ¿Dios escupido, como blasfemo! Dios azotado, como ladron! Dios crucificado entre malhechores! Dios abofeteado, coronado de espinas, vestido ya de blanco, ya de colorado por escarnio! ¡Oh bondad! oh piedad! oh caridad! oh misericordia, digna de tal Señor! ¿Quién pudiera hacer esto sino Dios? Qué bondad pudiera llegar aquí sino la de Dios? ¿Qué haceis, ángeles del cielo? ¿Qué haceis, todas las criaturas, viendo lo que sufre vuestro Hacedor? Tierra, ¿cómo no tiembles de espanto? Piedras, ¿cómo no os partis de dolor? Cielos, ¿cómo dais lumbré á la tierra, donde es crucificado vuestro Criador? Señor, oi tus palabras, y temí: consideré tus obras, y quedé espantado, viéndote no ya en medio de dos animales, sino crucificado entre dos ladrones. Pues aquí es donde las ánimas religiosas desfallecen, aquí desmayan, aquí enmudecen no solo con la boca, sino con los sentidos interiores, los cuales suspensos y arrebatados con la admiracion de tan grande bondad y dignacion de Dios, le alaban y glorifican con un sancto silencio; con el cual callando predicán ser esta misericordia de Dios inefable, incomprehensible, y que sobrepaja todo género de conocimiento y alabanza. Mas ¿qué maravilla es quedar todos los entendimientos suspensos y atónitos, considerando esta tan grande bondad? Porque si la grandeza de la providencia y sabiduría de Dios, que resplandece en algunas criaturas, suspende tanto los entendimientos humanos, que los deja como atónitos y pasmados; cuánto mas razon es que obre esto mismo la grandeza de la bondad de Dios que resplandece en esta obra, pues esta bondad es la perfeccion de que él mas se gloria y más se precia? Y ¿qué medio habia para quedar los hombres desta manera suspensos y como alienados, sino cuando considerasen cómo aquella incomprehensible Majestad y grandeza se subjectó á los mayores dolores y vituperios que nunca jamas se padescieron, por dejarnos por esta via mayores ejemplos y estímulos para toda virtud y sanctidad? Pues ¿qué tan grande fué el deseo que este Señor tuvo de hacernos sanctos, quien á tanto se puso por esta causa?

Pues el corazon devoto que esto considera, ¿cómo no trabajará por abrazar toda virtud y sanctidad, si quiera por dar este contentamiento á quien tanto lo deseó, y por tan caro precio lo compró? Y ¿quién no trabajará por amar á quien tan grande amor nos descubrió? ¿Quién no procurará de imitar las virtudes que este Señor tan estampadas en su vida y muerte nos dejó?

Pues concluyendo esta parte, digo que la piadosa consideracion deste misterio causa estos cinco efectos que brevemente aquí os propondré. Porque lo primero, suspende y arrebatá las ánimas en una reverencial y profunda admiracion desta tan gran bondad del Redemptor. Lo segundo, enciéndelas en un grande amor desta misma bondad y ardentísima caridad. Lo tercero, causa en ellas un entrañable agradecimiento deste summo beneficio. Lo cuarto, despierta en ellas un grandísimo deseo de imitar algo de las grandes virtudes y maravillosos ejemplos que este Señor aquí nos representó. Y sobre

todo esto causa en ellas un gran deseo de padecer trabajos y injurias por amor de quien tantos por nuestra causa padesció. Estos son los principales fructos que de la consideracion deste misterio habemos de sacar; á los cuales (como dije) se ordena cuanto en esta materia habemos platicado.

D. Agora habeis acabado, Maestro, de echar el sello á todo este tan largo tratado. Agora entiendo el fruto que se coge desta palma tan gloriosa de la Cruz, que al principio propusistes: que todo viene á parar en amor del Crucificado, y en la imitacion de sus virtudes, y señaladamente de sus trabajos. Y por aquí tambien entiendo, cuán mal saben filosofar en este misterio los hombres desalmados y herejes; pues de tal manera pervierten los intentos y consejos de Dios, que con lo que él nos dió tan grandes motivos para todas las virtudes, sacan ellos argumentos para perseverar con fiadame en sus pecados; y lo que la sabiduría divina ordenó para hacernos amadores de los honestos trabajos, ordenan ellos á costa del Crucificado para dormir con fiadame en sus vicios. Pues ¿quién no ve aquí ser esta obra del enemigo de nuestra salud? Porque así como la bondad de Dios tiene por oficio sacar de los males bienes, así la malicia deste adversario lo tiene para sacar de los bienes males; pues deste tan grande misterio que Dios obró en la tierra para hacernos buenos, saca él argumentos y motivos para hacernos malos.

Summa de toda esta tercera parte.

Juntemos el fin deste libro y tercera parte con el principio, y concluyamos lo que al principio propusimos. La summa pues de todo lo dicho consiste en tres puntos principales. El primero es, que el hombre tenia necesidad de remedio por haber quedado por el pecado estragado, y mal inclinado, y inhábil para agradar á Dios. Esto se ve por todas las dolencias y manqueras del hombre; las cuales en parte explicamos tratando del pecado original, donde declaramos gran parte de las dolencias y siniestros de la naturaleza humana, y la cisma y rebelion de la parte sensual de nuestra ánima contra la espiritual y mas noble. Y quien esto quisiere entender mas á la clara, considere al hombre *in puris naturalibus*, sin ley y sin remedio deste pecado. Porque quien quiere ver qué tal es un caballo que ha de comprar, quítale todos los jaeces, y míralo en cerro para ver lo que es. Y desta manera se ha de considerar la naturaleza humana sin las medicinas de la ley y de la gracia. Esto se entenderá por el primer capítulo de la epístola de los romanos (t), donde el Apóstol refiere las idolatrías, y abominaciones, y pecados nefandos de los gentiles. Lo cual todo declaramos en el segundo libro desta escriptura, describiendo la primera de las cuatro hazañas que obró Cristo en el mundo, que fué destruir la idolatría, donde los hombres adoraban piedras, y palos, y dragones, y serpientes, y aves, y animales brutos. Y juntamente declaramos sus sacrificios; de los cuales unos eran cruellísimos, matando sus propios hijos, y otros deshonestísimos, como los del dios Baco y de la diosa Flora, con los vicios y abominaciones de los gentiles, en los cuales imitaban en esto á sus dioses adúlteros y homicidas. Mas ¿qué diré, que de los doce tribus que habian recebido la ley de Dios con tantas promesas y amenazas que espantan á quien las lee, los once se pervertieron, y así fuéron desamparados de

(t) Rom. 1.

Dios, y llevados captivos á tierras extrañas; y uno que quedaba tambien lo fué, y así padesció la pena de sus pecados con el captiverio de Babilonia. En la cual reinaba tanto la malicia, y estaba tan desterrada la virtud, que dijo Dios por Hieremías (v): Rodead todos los caminos de Hierusalem; y si halláredes un hombre fiel, y que haga lo que debe, yo habré misericordia dél. Pues ¿qué mayor argumento de la carestía de la virtud y religion que este? Mas otro hay no menor, que es el de la mala vida de muchos cristianos, que aun despues de la ley y de la gracia, teniendo fe verdadera, viven tan rotamente como si no la tuviesen; pues no ménos se derraman por todos los vicios y cobdicias creyendo lo que creen, que si nada creyesen. Pues ¿quién podrá dubdar que tal criatura como esta tenia necesidad de medicina, y remedio, y gracia, con otros socorros sobrenaturales, que sanasen la naturaleza tan enferma? Este es pues el primer punto y fundamento desta materia. El segundo es, que era cosa convenientísima á la inmensa bondad de Dios, aunque no lo debiese, socorrer á esta tan grande necesidad, y proveer al hombre miserable de remedio, para que, pues él habia incurrido en todos estos males por culpa ajena, fuese tambien reparado por justicia ajena; y así como tuvo un padre que lo destruyó, tuviese otro que lo remediase. Y demas desto no era razon que el demonio saliese con su intento, y se gloriase que habia sido poderoso para impedir el consejo y voluntad de Dios. Este es

(v) Hierem. 5.

el segundo punto. El tercero es, que aunque la divina bondad y providencia podia remediar al hombre por otros muchos modos si quisiera, pero ninguno se podia hallar mas eficaz, mas excelente y mas conveniente, así para la gloria de Dios, como para remedio del hombre, que el misterio de la encarnacion y pasion del Hijo de Dios. Lo cual se entiende por los grandes fructos que referimos del árbol de la sancta Cruz, y por otros muchos que no se pueden explicar.

Mas á las dos principales objeciones que se proponen en esta materia (que es vestirse el Criador de tan baja ropa, como fué nuestra humanidad, y morir en cruz), está respondido. Porque á la primera decimos que ya que Dios tuvo por bien vestirse desta ropa, y juntar consigo nuestra humanidad, él la hermoseó, y enriqueció, y adornó con tantas gracias, y riquezas, y dones sobrenaturales, que no fuese ignominia suya, sino summa gloria, vestirse della; pues en su mano estaba hacerla tal cual él quisiese hacerla. A la segunda objecion de la muerte de cruz decimos que en todas las pasiones y muertes no miramos la pena, sino la causa: de modo que cuando la causa es justa, y en favor del bien commun, no solo no es ignominiosa la pena, mas ántes cuanto tiene mas de pena y de ignominia, tanto tiene mas de verdadera gloria. Esta es la summa de todo este soberano misterio, la cual puede el prudente lector tener como recogida en la uña, despues de leida con atencion esta escriptura y héchose familiar á ella. Y de aquí cogerá fructos de inestimable provecho y suavidad.